

**Mercedes López Rodríguez:** *Blancura y otras ficciones raciales en los Andes colombianos del siglo XIX*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2019 (257 págs.).

Reviewed by **María Isabel Gaviria**, Universität Heidelberg, Romanisches Seminar,  
E-Mail: mariaisabel.gaviria05@gmail.com

<https://doi.org/10.1515/iber-2020-0025>

Entender la raza como una ficción que se construye más allá del color de la piel. Percibir sus límites, sus tensiones y contradicciones. Analizar sus elementos performativos en la literatura y en las artes visuales, y estudiar el imaginario con el que se consolida el espacio andino colombiano desde un discurso racializado sobre su población, son los objetivos que se plantea la autora de este libro. Las categorías raciales que en la colonia habían sido definidas estrictamente, en el siglo XIX no tenían límites tan claros. Por lo tanto, Mercedes López Rodríguez pretende ponerlas en cuestión y presentarlas en esta investigación como clasificaciones borrosas que se modifican de acuerdo con su conveniencia retórica para la formación de una república naciente en donde, en el espacio político y discursivo, la blancura se sigue privilegiando.

De manera acertada y crítica la autora enfatiza en cómo las percepciones de lo blanco se flexibilizan dependiendo de ciertas condiciones materiales que acompañan las representaciones de la blancura más allá del color de la piel. Esta se construye con ayuda de aditamentos externos que intentan reforzar su imagen y sus imaginarios. Así, la blancura es concebida como un lugar de enunciación cuyas implicaciones son exploradas detalladamente y en las que se evidencian las fragilidades ficcionales que han penetrado la construcción de la identidad colombiana, todavía hoy influenciada y abismalmente dividida por estas formas racializadas de la representación de la sociedad.

La motivación principal para el desarrollo de esta investigación fue la interpretación que Mercedes López Rodríguez hizo del “documento de Bosa” en el cual se hacía un registro demográfico de las poblaciones adyacentes a Bogotá en la temprana República. Allí, a pesar de la evidencia de uniones interraciales, no se registra la palabra “mestizo”, la cual era reemplazada por “blanco”. Con esto se desea aparentar, de manera oficial, un aumento en la población blanca. Así, a diferencia de Perú, Ecuador y Bolivia donde la mayoría de la población andina es indígena, en Colombia se presenta un imaginario de los Andes como el lugar en donde sus habitantes son blancos. El documento de Bosa, como se advierte en la Introducción (15–38), es clave para esta investigación porque “nos interroga sobre nuestro propio conjunto de categorías raciales, aquellas que llevamos en

nuestra cabeza y en nuestros ojos y a través de las cuales interpretamos la información que recibimos” (p. 22).

El proceso de blanqueamiento discursivo que sufre la población en sus narraciones literarias, en sus representaciones visuales, e incluso en los registros oficiales, coincide con el cambio de perspectiva y de actitud de la élite andina colombiana frente a la población rural, de la cual en algunos casos sacará provecho económico para consolidar su hegemonía. Las clases sociales altas deseaban blanquear la población que pretendían dirigir. Por esta razón, con el fin de ir más allá de la geografía o del clima sobre los cuales se centran la mayoría de los estudios al analizar la construcción del imaginario racial, López Rodríguez se enfoca en la literatura y en las artes visuales para observar, criticar y diferenciar la manera en que las élites colombianas imaginaron un proyecto de nación por medio de la blancura como discurso. Esto se ejemplifica en las obras de Eugenio Díaz de Castro, Josefa Acevedo de Gómez, José Caicedo Rojas, Manuel Ancizar, José María Samper y Soledad Acosta de Samper, y en las pinturas de Ramón Torres Méndez y Carmelo Fernández. En ellas se reforzaron las formas de racialización del mestizo como sujeto nacional, que más allá de ser el sujeto unificador de una nación naciente tan diversa, se erigió como el sujeto a través del cual se accedía a ese espacio andino y blanco que el resto de la nación debía llegar a ser. La autora se concentra en un corpus canónico de la literatura colombiana decimonónica, precisamente porque son obras con las que se difundieron estas ideas del ideal racial. No obstante, es interesante observar que su perspectiva de análisis se concentra en elementos desapercibidos por la crítica, lo que ofrece otras formas de interpretación, en ocasiones difícil de lograr cuando se trata de este tipo de obras.

El libro se divide en cuatro capítulos ordenados de manera que es posible entender cómo la idea de blanquitud tiene una base material que posteriormente se traslada al plano discursivo para difundir, por medio de la literatura, las ideas de lo que sería un proyecto político. Los capítulos están dispuestos de tal forma que se puede percibir cómo el cuerpo es racializado a través de objetos y prácticas asociadas a categorías morales para desembocar en la idea de mestizo como sujeto depositario de una nación blanca.

En el primer capítulo (“Raza en otras palabras. Los alimentos y la construcción de la diferencia corporal en la literatura del siglo XIX”, 39–81), López Rodríguez analiza cómo los alimentos y las prácticas relacionadas con su preparación están asociadas a una raza y cómo la ingesta de ciertos alimentos determina la representación de su fisonomía y una manera de comportamiento. La autora analiza detalladamente la forma en la que los alimentos, más allá de ser elementos cotidianos homogeneizados, se constituyen en extensiones de un cuerpo racializado que cada vez pretende ser blanqueado a través de ciertas

prácticas sociales. El consumo de plátano, por ejemplo, comienza a ser mal visto a pesar de que es la base alimenticia de la mayoría de la población y, al contrario, se prefiere el consumo de trigo entre las clases altas, a pesar de que sus métodos de cultivos sean más lentos y complejos. De esta manera, los alimentos se convierten en una forma de influir en el cuerpo de sus habitantes y de establecer distinciones sociales. Ahora, en el transcurso del siglo XIX, el consumo de ciertos alimentos se generaliza para todas las clases, pero sería su preparación y sobre todo la limpieza, lo que marcaría las distinción entre unas y otras.

Los alimentos propician el contacto entre los individuos, lo que se consume entra en el cuerpo, de ahí que también se pueda penetrar en el otro por medio de lo que se come. Los comentarios y las descripciones del aseo del espacio público, de las casas y de los alimentos pueden leerse en *Las Peregrinaciones de Alpha* de Manuel Ancízar en donde se relata la exploración de las provincias del noreste de los Andes durante las jornadas de la Comisión Corográfica entre 1850 y 1851. Y las *Memorias* de viajeros extranjeros como el francés Jean-Baptiste Boussingault en donde habla de las diferencias alimenticias entre las clases sociales, irónicamente casi imperceptibles. Se hace especial hincapié en la limpieza o la falta de ella no solo en la preparación de los alimentos, sino también, en las casas o posadas y en la vestimenta de sus anfitriones. Con esto la autora identifica que la construcción de una idea de raza también se materializa a través del gusto, del tacto, del olfato, del asco o del disgusto. Con relación a estos sentidos es que se establece una distancia con el otro. Todo aquello que esté asociado a lo blanco es limpio, pulcro, mientras que lo indígena y lo negro se caracterizan por condiciones de limpieza precarias. Sin embargo, como analiza López Rodríguez, el autor Eugenio Díaz de Castro problematiza las categorías raciales atribuyendo a sus personajes campesinos la característica de la limpieza, aunque pertenezcan a la clase baja y se contradiga con la opinión de otros autores de la época.

El propósito del segundo capítulo (“La blancura en el centro: cómo se *performa* lo europeo en los Andes colombianos”, 83–138), consiste en analizar la blancura como un acto performativo que se construye por medio de los objetos que acompañan al cuerpo e incluso, más allá de eso, a través de periódicos, revistas y publicidad que contribuían a la configuración de la apariencia blanqueada. La vestimenta, mientras más parecida a la europea, era concebida como una condición de civilización y en consecuencia de blancura con la que la élite pretendía presentarse a sí misma. No obstante, las formas de comportamiento, la moral recatada y la lectura de obras europeas hace parte de la performatividad de esta categoría de blancura que termina por convertirse en un lugar de enunciación, “en una posición que ubica a ciertos individuos en lo más alto de una jerarquía piramidal, validada por la posesión de elementos concretos” (p. 106).

Pese a esto, no es suficiente que la piel sea blanca, si no se acompaña con todos aquellos aditamentos y actitudes. En sus novelas, Eugenio Díaz de Castro describe a algunos personajes como blancos cuando cumplen todas las características descritas anteriormente incluso aunque su piel no lo sea tanto. Al contrario, como sucede en *Bruna la Carbonera*, cuando los personajes pertenecen a la clase baja, se les nombra indígenas a pesar de que la tonalidad de su piel sea totalmente blanca. Por otro lado, tampoco eran considerados blancos los europeos que perdían su fortuna. En su otra novela, *El rejo de enlazar*, Díaz de Castro lleva a sus límites la idea de blanquitud preconcebida en el espacio urbano y muestra, en sus personajes campesinos, que la blancura se define con independencia de lo europeo, pero también hace especial énfasis en que los campesinos andinos “carecen de cualquier mezcla biológica o cultural africana” (p. 133).

El tercer capítulo (“La blancura en los límites: los mestizos andinos como blancos en proceso de construir la región”, 139–184) argumenta que el mestizaje se asume como, blancura de igual manera como ocurrió con el documento de Bosa. A medida que avanzaba el siglo XIX dicha noción se constituyó en la estrategia a través de la cual se construiría el discurso de unificación nacional. Esto es llevado a cabo por los intelectuales liberales Manuel Ancizar y José María Samper quienes en *Peregrinaciones de Alpha* y en *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición de las repúblicas colombianas* respectivamente, intentan configurar el mestizaje como un proyecto político. El primero concebía al mestizo como la fuerza para asegurar el progreso de la nación y el segundo veía en él la base de la democracia. El mestizo era considerado el sujeto nacional, a través del cual se alcanzaría una democracia consistente. Aunque la idea del mestizaje pareciera contener la diversidad racial en Colombia, lo mestizo era valorado por albergar la posibilidad de producir sujetos cada vez más blancos, era una blanquitud en proceso a través del cual se daría sustento a la nación. López Rodríguez observa sagazmente cómo los textos de Samper y Ancizar son los encargados de difundir la imagen de una nación mestiza, pero mestiza encaminada hacia la blanquitud. El favorecimiento de uniones interraciales estaba dirigido a este propósito y no a las demás mezclas raciales que representaban un peligro desestabilizador para ese proyecto nacional que, aunque se presentará unificador, conducía a blanquear a su población.

El cuarto capítulo (“El mulato renuente. Género, ficción y utopía en las uniones interraciales de la literatura colombiana del siglo XIX”, 185–218) se detiene en las uniones interraciales a las que se hace referencia desde el capítulo anterior. En estas, aunque el mestizo sea el individuo que representa la nación, en los romances colombianos no se rompen los límites de origen social y racial, contrario a la tesis de Doris Sommer en *Ficciones Fundacionales*, donde propone justamente que a través de las mezclas raciales se funda la nación americana. En

novelas como *María* de Jorge Isaacs, *Manuela* de Eugenio Díaz de Castro, *Floren-  
cio el conde* del mismo Samper, quien le apostaba al mestizaje como proyecto  
unificador, se concentran en “preservar la blancura, más que en crear un mito de  
unificación nacional” (p.189). Precisamente, lo que se evidencia en esta investi-  
gación, es que la idea de nación en la narrativa colombiana se funda, aunque  
quiera parecer lo contrario, en oposición a la idea del resto del continente.

Incluso cuando se permite una unión interracial, solo se hace para reafirmar  
la masculinidad blanca. En los romances colombianos del siglo XIX, la mujer se  
percibe como un objeto de cambio que se adquiere para refirmar la blancura  
masculina. Por otro lado, la presencia de lo negro y de lo indígena aparece por lo  
general como reminiscencia a un orden colonial por el que se tiene nostalgia o,  
específicamente en el caso indígena, sus personajes aparecen ahogados o muer-  
tos por cualquier motivo. En la desaparición de lo indígena en las novelas, se  
percibe justamente el imaginario social de una población blanca y mestiza, de ahí  
que los Andes colombianos se narre como un lugar de blanqueamiento en el que  
las elites constituirán el espacio para gobernar una nación que, a pesar de su  
diversidad, ellos pretenden blanca.

Finalmente, la raza es presentada en este capítulo como un concepto contra-  
dictorio que permanece en tensión y cuyas características se modifican de acuer-  
do con la perspectiva del narrador y con la región a la que se haga referencia. Esto  
es evidente en las acuarelas que realizó Carmelo Fernández para la Comisión  
Corográfica dirigida por Agustín Codazzi, cuya finalidad consistía en documentar  
la geografía, y la representación gráfica de paisajes, costumbres y habitantes que  
conformaban la República. En este caso Habría sido pertinente y necesario,  
debido a que el propósito del libro consistía en centrarse en la literatura y en las  
representaciones visuales, que se dedicara un análisis más detallado a las imáge-  
nes, pues terminan absorbidas por el vasto análisis de las obras literarias.

No obstante, López Rodríguez logra enlazar acertadamente las representacio-  
nes literarias y artísticas como evidencia del imaginario nacional que al mismo  
tiempo se construía y se reflejaba por medio de estas narraciones. Este libro  
presenta una perspectiva de análisis poco estudiada en Colombia en donde estos  
imaginarios del siglo XIX, que se ponen en cuestión, siguen reproduciéndose en  
la actualidad en el país. La autora logra presentar de manera rigurosa los límites  
difusos y las categorías que están en constante pugna, para desestabilizar la  
blancura y las demás clasificaciones raciales que han sido y seguirán siendo  
ficciones.